

Ramón J. Freire Santa Cruz

Aquí huele a feria

Las estampas costumbristas han sido una constante en la historia del grabado, también en la del dibujo y la estampa. *Aquí huele a feria*, de Ramón J. Freire Santa Cruz, nos acerca al universo variopinto de las ferias locales, con un aire apocalíptico, pero a la vez entrañable, que nos hace sumergirnos en una atmósfera hechicera a la que no nos podemos resistir: ¿Quién no desea uno de esos premios de la tómbola, aunque no sepas qué hacer con él? ¿O reír acompañado en unos de sus artilugios giratorios?

Aquí huele a feria bien podría completar una recopilación etnográfica de ferias y fiestas tradicionales, para acercarnos a las estampas que desde el siglo XX acompañan a las celebraciones de pueblos y ciudades. Si la figura humana arquetípica es una constante en el estilo costumbrista de los siglos XVIII y XIX, en esta obra Ramón J. Freire esboza tímidamente esta figuración para que sean las naturalezas inanimadas las que den este aspecto apocalíptico y desenfocado, como si acabásemos de bajar-nos de ese tiiovivo, y saliéramos contagiados de la atmósfera de sonidos estridentes, olor a algodones de azúcar y luces de colores.

César Sánchez Ortiz

Línea 43

Literatura e infancia –su historia y crítica, así como la literatura popular de tradición infantil– han estado siempre presentes en la trayectoria investigadora de César Sánchez Ortiz y acompañan también, no podía ser de otra manera, el texto que nos ocupa. A través del relato *Línea 43*, César nos traslada a las sinuosas aristas de la España del pasado siglo, a sus costumbres, a sus fiestas populares y a la cotidianidad del devenir vital de sus gentes. Una narración ulterior cargada de magia y simbolis-mo que hunde sus raíces en la tradición e indaga en la memoria de un narrador protagonista que, invadido por la melodía de un pasacalles y por las travesuras de su nieta, evoca la tarde de septiembre en que su vida quedaría unida para siempre a la de su mujer. Vidas unidas por una tómbola, una moneda, un trío de cartas y por una muñeca de trapo. Vidas unidas por el azar. Porque, ¿qué es la feria sino azar?

© de los textos e imágenes: sus autores
© de la edición: La caja grafa Ediciones

Edita: La Caja Grafa

Equipo de dirección

José Ángel Cañas Romero
Ramón J. Freire Santa Cruz
Carlos Julián Martínez Soria
Ana Angélica Moreno Fernández
José Antonio Perona López
José Gracia Pastor

Comisario y Director creativo

José Ángel Cañas Romero

Dirección editorial

Carlos Julián Martínez Soria
José Antonio Perona López

Diseño gráfico y maquetación

Ana Angélica Moreno Fernández

Obra gráfica

Ramón J. Freire Santa Cruz

Textos

César Sánchez Ortiz

Coordinador edición gráfica

Ramón J. Freire Santa Cruz

Colección Domógrafas nº 1
1ª edición. 50 ejemplares
I.S.B.N.: 978-84-942886-2-3
D.L.:

Composición: La caja grafa
Impresión: Trisorgar
Estampación de grabados: Talleres de La caja grafa

Hecho en España - Made in Spain



Nº 1, 2019

Ramón J. Freire Santa Cruz

DOMÓGRAFA

César Sánchez Ortiz

Línea 43

Nadie sabía con certeza el horario de paso de aquel viejo y destartelado autobús de La Astigitana que unía todos aquellos pueblos, pagos y aldeas con la capital. Un cartel informaba del horario de salida desde la estación central, todos los días a las 6,45 h. Para las horas intermedias, lo mejor era llamar al bar del pueblo, ese en el que el conductor deja los paquetes, y los viajeros se resguardan del frío de la mañana mientras cogen fuerzas para el viaje a la ciudad. Aquella mañana no hubo averías ni otros contratiempos, así que llegó puntual a nuestro encuentro, al resto de paradas y a la Plaza de España, donde se apeó la mayor parte del pasaje. Solo tres personas permanecemos en su interior, a la espera del final de la ruta, en el hospital comarcal.

Aquellos días eran las fiestas del lugar y hasta el autobús nos llegaba el olor a churros recién hechos. Un pasacalles infantil, con sus gigantes y cabezudos, cortaba en aquellos momentos la plaza, mientras la feria dormía tras una noche de luces, música y algarabía. La señora de la tómbola reponía aquellos peluches gigantes que hacían la delicia de niños y no tan niños, a pesar de no ser tan populares como los clásicos perritos pilotos y las actuales videoconsolas y minimotos. Ella era, junto a los barrenderos y los turistas que grababan, móvil en mano, aquel pasacalles, las únicas muestras de vida humana en aquel recinto ferial.

—Mira qué lindos aquellos caballos del tiövivo, Lucía— trataba de entretener la abuela a su nieta después de dos horas de viaje en las que la niña regaló simpatía y conversación a todo viajero—, a mí me encantaba subir ahí cuando era pequeña.

—¿Solo dan vueltas, abuela, nada más? ¿Ni siquiera los puedes conducir donde quieras, como los coches de choque?— preguntó la joven mientras el doble *check* en la pantalla del

móvil confirmaba que su madre ya estaría impaciente esperándolas en la 106.

La abuela le acarició su largo cabello azabache, rizado como el suyo y como el de su hija, mientras recordaba cómo a lomos de esos caballos había vivido las más bonitas historias, una vuelta cada día, si la cosecha había sido generosa; si no, al menos una vuelta durante toda la feria. Allí había soñado con ser una mujer importante, maestra quizá; luego con aprender corte y confección y hacer los mejores vestidos de la comarca; luego con ser una buena madre y esposa... Y así, cada año que la feria acababa, aquellos lindos caballos se llevaban con ellos parte de sus ilusiones.

Una melodía rompió ese momento mágico que había invadido el interior del autobús mientras esperábamos que se reanudara la circulación tras el pasacalle: «Hasta el río Genil, llegan las voces de aliento a los colores azul y blanco que hacen temblar el viento...».

—¡Abuelo, despierta, el móvil te está sonando!— Aquel diablo de jovencita me había instalado el himno de mi equipo de fútbol en la melodía del teléfono y, pensando que yo dormía, me estaba llamando desde el suyo, en el asiento de atrás, impaciente por reencontrarse con su madre y conocer a su recién nacido hermano. Yo sonreí, y mientras el coche retomaba la marcha, agradecí a la vida que aquella tarde de septiembre de hacía medio siglo, una jovencita que soñaba con ser maestra consiguiese en la tómbola, con aquella moneda que le había sobrado del tiövivo, el boleto con la sota de oros que faltaba para, junto a mi caballo y mi rey, poder elegir esa muñeca de trapo que, sin saberlo, estaba uniendo para siempre nuestras vidas.



Ramón J. Freire Santa Cruz

